



VATICANO - Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Jornada Mundial de las Misiones 2012

Publicamos el texto del mensaje del Papa Benedicto XVI para la Jornada Misionera Mundial, que se celebra este año el domingo, 21 de octubre, con el tema: "Llamados a hacer resplandecer la Palabra de verdad":

MENSAJE DEL SANTO PADRE (traducción de la Agencia Fides)

"Llamados a hacer resplandecer la Palabra de verdad" (Carta apostólica Porta fidei, n.6)

Queridos hermanos y hermanas,

La celebración de la Jornada Misionera Mundial de este año se carga de un significado especial. La celebración del 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, la apertura del año de la Fe y el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, convergen en la reafirmación de la voluntad de la Iglesia a comprometerse con más valor y celo en la misión ad gentes para que el Evangelio llegue hasta los confines de la tierra.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, con la participación de tantos obispos de todos los rincones de la tierra, ha sido un signo brillante de la universalidad de la Iglesia, reuniendo, por primera vez, un inmenso número de padres Conciliares procedentes de Asia, África, América Latina y Oceanía. Obispos misioneros y obispos autóctonos, pastores de comunidades dispersas entre poblaciones no cristianas, que han llevado a las sesiones del Concilio la imagen de una Iglesia presente en todos los continentes y que eran intérpretes de las complejas realidades del entonces llamado "Tercer Mundo". Ricos de una experiencia derivada de ser pastores de Iglesias jóvenes y en vía de formación, animados por la pasión de la difusión del Reino de Dios, ellos han contribuido significativamente a reafirmar la necesidad y la urgencia de la evangelización ad gentes, y de esta manera llevar al centro de la eclesiología la naturaleza misionera de la Iglesia.

Eclesiología misionera

Hoy esta visión no ha disminuído, al contrario, ha experimentado una fructífera reflexión teológica y pastoral, y, al mismo tiempo, vuelve con renovada urgencia, ya que se ha expandido enormemente el número de aquellos que aún no conocen a Cristo: "Los hombres que esperan a Cristo son todavía un número inmenso", comentó el beato Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio* sobre la validez del mandato misionero, y agregaba: "No podemos permanecer tranquilos, pensando en los millones de hermanos y hermanas, redimidos también por la Sangre de Cristo, que viven sin conocer del amor de Dios" (n. 86). Yo, también, en la proclamación del Año de la Fe, he escrito que Cristo "ahora como entonces, nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra" (Carta Apostólica *Porta fidei* 7); proclamación, que, expresó también el Siervo de Dios Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, "no constituye para la Iglesia algo de orden facultativo: está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vista a que los hombres crean y se salven. Sí, este mensaje es necesario. Es único. De ningún modo podría ser reemplazado" (n. 5). Entonces, necesitamos retomar el mismo fervor apostólico de las primeras comunidades cristianas, que pequeñas e indefensas, fueron capaces, a través de su anuncio y testimonio, de difundir el Evangelio en todo el mundo entonces conocido.

No sorprende, por lo tanto, que el Concilio Vaticano II y el posterior Magisterio de la Iglesia insistan de modo

especial en el mandamiento misionero que Cristo ha confiado a sus discípulos y que debe ser un compromiso de todo el Pueblo de Dios, Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos. El encargo de anunciar el Evangelio en todas las partes de la tierra pertenece principalmente a los Obispos, principales responsables de la evangelización del mundo, ya sea como miembros del colegio episcopal, o como pastores de las iglesias particulares. Ellos, efectivamente, "han sido consagrados no sólo para una diócesis, sino para la salvación de todo el mundo" (Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 63), "mensajeros de la fe, que llevan nuevos discípulos a Cristo" (*Ad Gentes*, 20) y hacen "visible el espíritu y el celo misionero del Pueblo de Dios, para que toda la diócesis se haga misionera" (*ibid.*, 38).

La prioridad es evangelizar

El mandato de predicar el Evangelio no se agota, por lo tanto, para un Pastor, en la atención hacia la parte del Pueblo de Dios que se le ha confiado a su cuidado pastoral, o en el envío de algún sacerdote, laico o laica *Fidei donum*. Esto debe implicar todas las actividades de la iglesia local, todos sus sectores, en fin, todo su ser y su trabajo. El Concilio Vaticano II lo ha indicado con claridad y el Magisterio posterior lo ha confirmado con fuerza. Esto implica adecuar constantemente estilos de vida, planes pastorales y organizaciones diocesanas en esta dimensión fundamental de ser Iglesia, especialmente en nuestro mundo que cambia de continuo. Y esto vale también para los Institutos de Vida Consagrada e las Sociedades de Vida Apostólicas, como para los Movimientos eclesiales: todos los componentes del grande mosaico de la Iglesia deben sentirse fuertemente interpelados por el mandamiento del Señor, de predicar el Evangelio, de modo que Cristo sea anunciado por todas partes. Nosotros los Pastores, los religiosos, las religiosas y todos los fieles en Cristo, debemos seguir las huellas del apóstol Pablo, quien, "prisionero de Cristo para los gentiles" (Ef. 3, 1), ha trabajado, sufrido y luchado para llevar el Evangelio entre los paganos (Col. 1, 24-29), sin ahorrar energías, tiempo y medios para dar a conocer el Mensaje de Cristo.

Incluso hoy, la misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales, porque la misma identidad de la Iglesia está constituida por la fe en el misterio de Dios, que se ha revelado en Cristo para traernos la salvación, y por la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo, hasta que Él regrese. Como Pablo, debemos dirigirnos hacia los que están lejos, aquellos que no conocen todavía a Cristo y todavía no han experimentado la paternidad de Dios, con la conciencia que "la cooperación misionera se debe ampliar hoy con nuevas formas para incluir no sólo la ayuda económica, sino también la participación directa en la evangelización" (Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 82). La celebración del Año de la Fe y el Sínodo de los Obispos sobre la nueva evangelización serán ocasiones propicias para un nuevo impulso de la cooperación misionera, sobre todo en esta segunda dimensión.

La fe y el anuncio

El afán de predicar a Cristo nos lleva a leer la historia para escudriñar los problemas, las aspiraciones y las esperanzas de la humanidad, que Cristo debe curar, purificar y llenarlas con su presencia. Su mensaje, efectivamente, es siempre actual, se introduce en el corazón de la historia y es capaz de dar una respuesta a las inquietudes más profundas de cada hombre. Por esto la Iglesia, en todas sus partes, debe ser consciente que "los inmensos horizontes de la misión de la Iglesia, la compleja situación presente exigen hoy modos renovados para poder comunicar efectivamente la Palabra de Dios" (Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, 97). Esto exige, en primer lugar, una renovada adhesión de la fe personal y comunitaria en el Evangelio de Jesucristo, "en un momento de cambio profundo como el que la humanidad está viviendo" (Carta Apostólica *Porta fidei* 8).

Uno de los obstáculos para el nuevo impulso de la evangelización, de hecho, es la crisis de fe, no sólo en el mundo occidental, sino de la mayoría de la humanidad, que sin embargo tiene hambre y sed de Dios y debe ser invitada y conducida al pan de vida y al agua viva, como la samaritana que va al pozo de Jacob y conversa con Cristo. Como cuenta el evangelista Juan, la historia de esta mujer es particularmente significativa (Cf. Jn. 4,1-30):

encuentra a Jesús que le pide de beber, luego le habla de una agua nueva, capaz de saciar la sed para siempre. La mujer al inicio no entiende, se queda en el nivel material, pero lentamente es dirigida por el Señor a realizar un camino de fe que la lleva a reconocerlo como el Mesías. A este respecto San Agustín afirma: “después de haber acogido en el corazón a Cristo Señor, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer (esta mujer) si no dejar el cántaro y correr a anunciar la buena noticia?” (Homilías 15,30). El encuentro con Cristo como Persona viva que colma la sed del corazón puede sólo conducir al deseo de compartir con otros el gozo de esta presencia e de hacerlo conocer para que todos la puedan experimentar. Es necesario renovar el entusiasmo de comunicar la fe para promover una nueva evangelización de las comunidades y de los países de antigua tradición cristiana, que están perdiendo la referencia de Dios, de forma que se pueda redescubrir la alegría de creer. La preocupación de evangelizar no debe quedar nunca al margen de la actividad eclesial y de la vida personal del cristiano, sino caracterizarla fuertemente, conscientes de ser destinatarios y, al mismo tiempo, misioneros del Evangelio. El punto central del anuncio sigue siendo el mismo: el Kerigma de Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo, el Kerigma del amor de Dios absoluto y total para cada hombre y para cada mujer, que culmina en el envío del Hijo eterno y unigénito, el Señor Jesús, quien no dudó en compartir la pobreza de nuestra naturaleza humana, amándola y rescatándola, a través del ofrecimiento de sí mismo en la cruz, del pecado y de la muerte.

La fe en Dios, en este designio de amor realizado en Cristo, es ante todo un don y un misterio que tenemos que acoger en el corazón y en la vida y del cuál estar siempre agradecidos al Señor. Pero la fe es un don que nos ha sido dado para que sea compartido; es un talento recibido para que dé fruto; es una luz que no debe quedar escondida, sino iluminar toda la casa. Es el don más importante que se nos ha dado en nuestra existencia y que no podemos guardar para nosotros mismos.

La proclamación se transforma en caridad

¡Ay de mí si no evangelizase!, dijo el apóstol Pablo (1 Cor. 9:16). Estas palabras resuenan con fuerza para cada cristiano y para cada comunidad cristiana en todos los continentes. También para las Iglesias en los territorios de misión, iglesias en su mayoría jóvenes, frecuentemente de reciente creación, el carácter misionario se ha vuelto una dimensión connatural, incluso cuando ellas mismas aún necesitan misioneros. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, de todas partes del mundo, numerosos laicos y hasta familias enteras dejan sus países, sus comunidades locales y se van a otras iglesias para testimoniar y anunciar el Nombre de Cristo, en el cual la humanidad encuentra la salvación. Se trata de una expresión de profunda comunión, de un compartir y de una caridad entre las Iglesias, para que cada hombre pueda escuchar o volver a escuchar el anuncio que cura y, así, acercarse a los Sacramentos, fuente de la verdadera vida.

Junto a este grande signo de fe que se transforma en caridad, recuerdo y agradezco a las Obras Misionales Pontificias, instrumentos de cooperación en la misión universal de la Iglesia en el mundo. Por medio de sus acciones el anuncio del Evangelio se convierte en una intervención para ayudar al prójimo, la justicia para los más pobres, la posibilidad de instrucción en los pueblos más perdidos, en asistencia médica en lugares remotos, la emancipación de la miseria, la rehabilitación de aquellos que son marginados, apoyo al desarrollo de los pueblos, la superación de las divisiones étnicas, el respeto de la vida en cada una de sus etapas.

Queridos hermanos y hermanas, invoco a la obra de la evangelización ad gentes, y en particular a sus trabajadores, la efusión del Espíritu Santo, para que la gracia de Dios la haga caminar de modo mucho más decisivo en la historia del mundo. Con el Beato John Henry Newman rezo así: "Acompaña oh Señor, a tus misioneros en las tierras por evangelizar, pon las palabras justas en sus labios, haz fructífero su trabajo". Que la Virgen María, Madre de la Iglesia y Estrella de la Evangelización, acompañe a todos los misioneros del Evangelio.

Vaticano, 6 Enero 2012, Solemnidad de la Epifanía del Señor

Benedictus PP. XVI